

# RESUMEN COMPLETO

Un granjero sin estudios, sin contactos y sin un centavo se sienta a escribir un libro que asegura, con la misma certeza con la que dos más dos son cuatro, que cualquier persona puede hacerse rica. Sin importar su suerte, su barrio o su formación. Ese hombre se llama Wallace Wattles, y lo que escribió en 1910 terminó siendo, cien años después, la base de éxitos como "El Secreto" o "Piense y hágase rico". Si alguna vez sentiste que el dinero es para otros, que a ti simplemente no te toca, No te vayas, porque hoy vamos a repasar, capítulo a capítulo, "La ciencia de hacerse rico".

A ver, vamos a poner las cosas en contexto. Wattles era un hombre que había pasado la mayor parte de su vida entre fracasos, en el medio oeste de Estados Unidos, trabajando la tierra. Y sin embargo, se sentó a escribir un manual, no un ensayo filosófico, un manual, con una promesa enorme: que hacerse rico es una ciencia exacta, tan precisa como el álgebra. Que no depende de la suerte, ni del entorno, ni siquiera del talento. Depende de hacer las cosas de una "manera determinada".

Y esa idea, que hoy nos suena tan repetida gracias a tantos libros de autoayuda posteriores, en su momento resultó bastante fuerte de escuchar: que la pobreza no es un destino ni un castigo, y que ni siquiera es cuestión de trabajar más duro. Es cuestión de pensar y actuar de una forma concreta que él se propone enseñarte, en apenas 17 capítulos bastante cortos.

Lo que hace este libro tan particular es justamente eso: no te pide fe ciega en un sistema oculto, ni rituales raros. Te pide que pruebes sus ideas. Y de fondo hay algo que va a sonar muy actual: la idea de que querer más dinero, más cosas, más vida, no tiene nada de malo. Al contrario, para Wattles es prácticamente un deber natural, porque negarte a crecer es ir en contra de la vida misma. Y en el fondo, todo apunta hacia lo mismo: a una vida más plena, con más felicidad de la que muchos se permiten imaginar.

Wallace Delois Wattles nació en 1860 en Illinois, Estados Unidos, y su infancia no tuvo nada de privilegiada: pocos estudios formales y una vida marcada por las dificultades económicas. De joven trabajó como jornalero en el campo, y durante buena parte de su vida adulta el fracaso fue, exactamente, su compañero habitual. Nada en su historia hacía pensar que terminaría escribiendo uno de los libros de prosperidad más influyentes del siglo veinte.

El giro llegó en 1896, cuando asistió a una convención de reformistas en Chicago y conoció a George Davis Herron, un pastor y profesor que lo empujó a pensar la vida

y la economía de otra manera. A partir de ahí, Wattles se volcó al estudio intenso de filósofos como Hegel, Spinoza y Emerson, y se sumó al movimiento conocido como Nuevo Pensamiento, esa corriente que sostenía que la mente y las creencias moldean la realidad material. Según cuenta su propia hija, Florence, Wattles no solo escribió sobre estas ideas: las vivió. Se visualizó a sí mismo como un escritor exitoso, y trabajó cada día para sostener esa imagen mental. "Vivió cada página", dijo ella sobre él.

En 1910 publicó "La ciencia de hacerse rico", y apenas unos meses después, en febrero de 1911, murió a los 51 años, justo cuando por fin empezaba a cosechar el éxito que había predicho para sí mismo. Su libro pasó relativamente desapercibido durante décadas, hasta que autores como Napoleón Hill lo tomaron como referencia y, ya en este siglo, Rhonda Byrne lo señaló abiertamente como una de las principales inspiraciones de "El Secreto".

Capítulo 1 — El derecho a ser rico. Wattles empieza con fuerza: no se puede vivir una vida plena sin dinero, porque desarrollar el cuerpo, la mente y el alma exige recursos. Contentarse con poco, dice, cuando se puede aspirar a más, es directamente un error. Y aclara algo importante: querer ser rico no tiene nada de indigno, es simplemente el deseo natural de una vida más amplia.

Capítulo 2 — Existe una ciencia de hacerse rico. Aquí está la tesis central de todo el libro: hacerse rico no depende del entorno, ni del talento, ni del ahorro. Depende únicamente de hacer las cosas de una "manera determinada". Y si eso es así, entonces cualquier persona, sin importar dónde esté parada hoy, puede aprenderla y aplicarla.

Capítulo 3 — ¿Las oportunidades están monopolizadas? Wattles responde que no, que nadie es pobre porque otros hayan acaparado toda la riqueza. Habla de una "sustancia original" de la cual está hecho todo el universo, infinita e inagotable, que responde a las necesidades del hombre. Si un camino parece cerrado, dice, hay otros abiertos: solo hay que dejar de nadar contra la corriente.

Capítulo 4 — El primer principio. El corazón filosófico del libro: el pensamiento tiene poder creativo sobre esa sustancia original. Cuando piensas una forma con claridad, esa forma empieza a manifestarse en el mundo. El hombre, dice Wattles, es un centro pensante capaz de grabar sus deseos sobre esa sustancia y así darles existencia real.

Capítulo 5 — Hacer que haya más vida. Aquí desmonta esa vieja idea de que Dios quiere que seas pobre o que hay que sacrificarse. Todo lo contrario: la vida, por naturaleza, busca expandirse siempre, y el deseo de tener más dinero es, sencillamente, ese mismo impulso de vida buscando expresarse un poco más.

Capítulo 6 — ¿Cómo llegan a ti las riquezas? Wattles introduce algo que hoy llamaríamos economía de suma positiva: no se trata de sacarle ventaja a nadie en un trato, sino de darle a cada persona más valor de uso del que recibes a cambio en dinero. Cada operación comercial, bien hecha, debería sumarle vida a la del otro también.

Capítulo 7 — Gratitud. Un capítulo breve pero clave: la gratitud es lo que mantiene tu mente en sintonía con esa fuente creativa, en vez de caer en pensamientos de carencia. Cuanto más agradeces lo que ya tienes, más te acercas, dice, a esa fuente de la que provienen todas las cosas buenas.

Capítulo 8 — Pensar de una manera determinada. No alcanza con desear riqueza en general, hay que formar una imagen mental clara y precisa de lo que quieres, tan nítida como la que tendría un marinero del puerto al que se dirige. Sin esa claridad, dice, es imposible avanzar.

Capítulo 9 — Cómo usar la voluntad. Aquí hay un giro que sorprende: no hay que usar la voluntad sobre otras personas ni sobre el entorno, eso sería casi una forma de manipulación. La voluntad se usa únicamente sobre uno mismo, para sostener el pensamiento y la acción en la dirección correcta.

Capítulo 10 — Otros usos de la voluntad. Wattles insiste en algo muy práctico: dejar de hablar y de pensar en la pobreza, en el pasado difícil, en las malas noticias del mundo. Toda esa atención puesta en la carencia, dice, termina atrayendo justo lo que no quieres. Mejor concentrar la mirada en el crecimiento, en lo que sí está funcionando.

Capítulo 11 — Actuar de una manera determinada. El pensamiento solo no alcanza, hace falta acción. Aparece aquí una imagen preciosa: dos lagos alimentados por el mismo río Jordán, uno lleno de vida porque deja fluir el agua, el otro, el Mar Muerto, estancado porque solo recibe y nunca entrega nada. Dar, dice Wattles, es lo que mantiene viva la corriente de la prosperidad.

Capítulo 12 — La acción eficaz. Cada día cuenta. Hacer todo lo que se puede hacer hoy, sin postergar ni tampoco correr desesperadamente, es la clave. Un pequeño acto de hoy, bien hecho, puede tener consecuencias enormes más adelante, como ese famoso efecto mariposa del que tanto se habla en la ciencia.

Capítulo 13 — Entrar en el negocio correcto. Tener talento para algo ayuda, pero no es garantía de éxito. Lo que realmente importa es hacer lo que de verdad quieres hacer, porque ahí está también el poder para lograrlo. Y nunca es tarde, dice Wattles, para empezar a moverte hacia esa vocación que sientes tuya.

Capítulo 14 — La impresión del crecimiento. Cada persona con la que interactúas, en cualquier trato, por pequeño que sea, debería salir con la sensación de haber

crecido un poco gracias a ti. Wattles retoma la parábola de los talentos para explicar algo simple: quien hace crecer lo que tiene, recibe más; quien lo esconde por miedo, termina perdiéndolo.

Capítulo 15 — El hombre que progresa. Esta idea de transmitir crecimiento no es solo para comerciantes: aplica igual a médicos, maestros, empleados, cualquier profesión. Quien logra inspirar una sensación de avance en los demás, sin importar su rubro, termina atrayendo naturalmente el éxito hacia sí mismo.

Capítulo 16 — Advertencias y comentarios. Wattles se adelanta a las críticas: no, no hace falta cambiar el sistema económico ni esperar a que el gobierno mejore para empezar. Cualquier persona, bajo cualquier circunstancia, puede empezar hoy mismo a pensar y actuar de esta manera determinada, y con el tiempo, dice, eso mismo termina transformando también el entorno.

Capítulo 17 — Síntesis. El cierre reúne todo en apenas un par de páginas: existe una sustancia pensante de la que está hecho el universo, el pensamiento humano puede darle forma, la gratitud mantiene la conexión con ella, y la acción diaria, constante y generosa, es lo que finalmente convierte esa visión en riqueza real.

Y bueno, más de cien años después de escrito, ¿qué es lo que queda en pie de "La ciencia de hacerse rico"? Yo creo que es esto: que el dinero no es algo que se persigue peleando contra los demás, sino algo que se construye pensando con claridad, actuando con constancia y dando siempre un poco más de lo que se recibe. Wattles no promete atajos ni trucos, promete un método, y te invita, como hizo él mismo, a probarlo en carne propia antes de creerle una sola palabra. Tal vez esa sea la lección más sincera de todo el libro: que la felicidad y la prosperidad no vienen de afuera, sino de la forma en que decides, día a día, usar tu propia mente.